

*PARADOJAS (Tribuna de Astronomía y UNIVERSO 52 - octubre 2003)*

## PARADOJAS VERANIEGAS

*Miquel Barceló*

Aunque formulada aquí con demasiada rapidez y escasos matices, hay una preocupante "paradoja" que el caluroso verano y el texto de julio/agosto sobre "la marcha de los imbéciles" me han hecho recordar. Veamos:

Por una parte, el ritmo de la evolución biológica es lento y pausado. En realidad no podemos imaginar que el ser humano de hace 2000 o 5000 años fuera, en lo esencial, radicalmente distinto a nosotros. O dicho de otra manera y yendo a lo que importa aquí, el nivel de inteligencia (eso que, presuntamente, mide el cociente de inteligencia) de que hoy dispone la humanidad es, en todo análogo al de hace unos pocos miles de años.

La inteligencia se distribuye en una curva normal o de Gauss y su punto medio es, por definición, el que da el CI igual a cien. Con las variaciones propias de la distribución estadística normal y los eventuales casos excepcionales (siempre insertos en la curva normal, aunque sea en uno de sus extremos), es de imaginar que la inteligencia de personajes como Aristóteles, Arquímedes, Pitágoras, Platón y tantos otros que han constituido el acervo cultural del saber de la humanidad no era de un nivel distinto, ni por encima ni por debajo, del que podemos esperar de los mejores pensadores de hoy.

Pero lo cierto es que hoy sabemos "más" del universo, de nuestra sociedad, de nosotros mismos.

No hay en ello paradoja alguna: lo único que ocurre es que los pensadores de hoy disponen de más y mejores datos sobre los que construir sus teorías o fabricar sus artefactos. Como decía Newton, se han aprovechado (nos hemos aprovechado todos) de "*ir a hombros de gigantes*" y se parte del saber anterior, para ir depurándolo, ampliándolo y mejorándolo.

Parte de la filosofía (el "amor al saber" según nos dice la etimología) se ha concretado en unos nuevos saberes científicos, a veces incluso demasiado especializados. En algunos casos, el cambio alcanzado es incluso irreversible. Las brillantes ideas de, por ejemplo, Aristóteles o Kant sobre el espacio y el tiempo palidecen ante la nueva concepción del espacio-tiempo einsteniano y, por dar un segundo ejemplo, todos sabemos que el saber biológico de la época griega o los conocimientos médicos de la edad media merecen hoy poca fiabilidad.

Pero lo cierto, y ahí está la paradoja, es que la inercia cultural hace que se siga respetando tal vez en demasía ese saber antiguo, filosófico, poco fundado en los hechos y, en realidad, refutado en algunos casos por los nuevos saberes alcanzados por la humanidad en su paso paulatino del *mitos* al *logos*; de las explicaciones míticas (el rayo es una acción de un Zeus enfadado) a otras más racionales (es una descarga eléctrica entre zonas de distinto potencial).

En un extremo, muchos creen todavía en la astrología que debió ser substituida por completo por la astronomía como la alquimia lo ha sido por la química. Pero, en el otro extremo, pensadores y filósofos respetables siguen hablando y discutiendo, por ejemplo, sobre el espacio y el tiempo en la concepción kantiana, cuando tal vez ya ni siquiera tiene sentido hacerlo. No es que Kant no fuera muy inteligente (que lo era), lo que ocurre es que trabajaba a partir de información incompleta y con conocimientos que hoy hemos superado.

Por eso no deja de sorprender que, todavía hoy, las grandes ideas y los grandes pensadores en los que se basa la mayor parte del acervo cultural acumulado por la humanidad, sigan siendo los antiguos. Es una muestra evidente de una clara inercia cultural y del retraso en la puesta al día de los fenómenos culturales para adaptarse al mundo cambiante del saber moderno.

Paradójicamente, los intelectuales, los "gurús y brujos de la tribu", los que interpretan los hechos para comodidad de la gran mayoría, suelen provenir todavía del mundo de la cultura "filosófica"

(el amor, digamos "amateur", por el saber) y, demasiadas veces, se basan todavía en un conocimiento que no siempre está actualizado. Como esto podría ser acusado (y con razón) de cientifismo, cabe decir también que, por su parte, los científicos, tras una larga y difícil etapa de formación sumamente especializada, parecen ignorar el resto de saberes e incluso la historia de sus propias ciencias y, en realidad, cuando quieren ejercer de intelectuales y gurús en temas generales suelen "patinar" en demasía.

No deja pues de resultar paradójica esa diferencia de saberes y el distinto uso que les damos. Posiblemente, para resumir, Aristóteles pudo ser tan o más inteligente que Einstein pero, en realidad, sabía mucha menos física.